

caritas christi

La Fragua

en la vida cotidiana



9

Urgidos por el amor de Cristo

Tiempo **Ordinario** VI

CARITAS CHRISTI

2013



Esta etapa de la fragua, centrada en la actividad que el herrero realiza sobre el yunque, **simboliza el proceso de configuración con Cristo.**

OBJETIVOS

- Pasar de actitudes individualistas y egocéntricas a actitudes oblativas.
- Profundizar en el conocimiento de la persona de Jesús.
- Crecer en la experiencia de seguimiento de Jesucristo mediante los votos y las virtudes apostólicas, al estilo de san Antonio María Claret.
- Redescubrir la Eucaristía, como “lugar de encuentro” con Cristo.
- Mejorar la capacidad para la vida comunitaria y el diálogo.

CUADERNOS

1. Al encuentro de Jesús
(*Adviento-Navidad*)
2. Consagrados a Dios y a los demás
(*Tiempo Ordinario I*)
3. Pobres de hecho y de espíritu
(*Cuaresma*)
4. Buscadores de la voluntad del Padre
(*Pascua*)
5. Castos por el Reino de los cielos
(*Tiempo Ordinario II*)
6. Hasta que Cristo viva en nosotros
(*Tiempo Ordinario III*)
7. Unidos para que el mundo crea
(*Tiempo Ordinario IV*)
8. Transformados por la Eucaristía
(*Tiempo Ordinario V*)
9. Urgidos por el amor de Cristo
(*Tiempo Ordinario VI*)

contenidos



Introducción > 4



Sugerencias para el encuentro comunitario > 18



Pistas para la *lectio divina* > 19



Reflexión > 6

- 2.1. Contemplar a Cristo como maestro y modelo
- 2.2. Contemplar y meditar la persona y la vida de Jesús
- 2.3. ¿Qué aspectos de Jesús debemos imitar?
- 2.4. Para configurarnos con Jesús y unirnos a él
- 2.5. El viaje del egocentrismo a la oblatividad
- 2.6. La existencia eucarística: el don de sí mismo



Textos para profundizar > 24

- Anexo 1: Un nuevo camino: discípulos de Jesús hoy
Anexo 2: La vida en Cristo
Anexo 3: El símbolo Jesús y sus imágenes

1. Introducción



Este Cuaderno 9, cuyo título se inspira en el lema del escudo arzobispal de Claret, cierra la etapa *Caritas Christi*. Como hemos ido recordando a lo largo del año, **ha sido una etapa centrada en nuestro proceso de configuración con Cristo.**

En la alegoría de la fragua este proceso se simboliza con la forja de la barra de hierro en el yunque. Según nuestras Constituciones, el proceso de configuración con Cristo consiste en la contemplación asidua del Señor y en su imitación, fruto del Espíritu, “hasta que sea Cristo quien realmente viva en nosotros. Nuestra configuración con Cristo se realiza sobre todo a través de la práctica de los consejos evangélicos y de las virtudes apostólicas”, como has tenido oportunidad de reflexionar en los cuadernos anteriores.

Las Constituciones son muy claras respecto a la importancia de este proceso: “Solo de este modo seremos válidos instrumentos del Señor para anunciar el reino de los cielos” (CC 39).



No olvides que en la técnica de la forja, a diferencia de lo que sucede con la técnica de la fundición, el proceso es artesanal y lento, se avanza y se retrocede, hay un diálogo constante entre el fuego y el martillo; pero los productos resultan únicos: no hay dos exactamente iguales. Con terminología de hoy, podemos decir que se trata de un proceso “personalizado”. Nuestra configuración con Cristo se realiza de esta manera.

El objetivo de este último cuaderno 9 es ayudarte a recapitular la etapa *Caritas Christi*. Procuraremos hacer este ejercicio a la par de la recapitulación sugerida por la Iglesia en la conclusión de su año litúrgico. En efecto, durante este último trayecto del tiempo ordinario celebraremos la fiesta de **Todos los Santos** (día 1) y la **conmemoración de los fieles difuntos** (día 2). También haremos memoria del **P. Xifré** (día 3), del **Beato Andrés Solá** (día 20) y de uno de nuestros compatronos: **San Andrés Apóstol** (día 30). A ellos unimos en el recuerdo y en el misterio de la comunión de los santos a los numerosos testimonios de vida misionera en la Congregación. Nuestros mártires y testigos y “cuantos nos han precedido en el signo de la fe y duermen ya el sueño de la paz” son el signo fehaciente de la configuración con Cristo llegada a su culmen. **Su testimonio es para nosotros memoria**

y profecía de la vocación filial, hecha concreta en la vivencia del carisma.

Al mismo tiempo, durante el mes de noviembre, la liturgia de la Palabra nos llevará *in crescendo* a meditar en las realidades últimas. El Señor vendrá, pues, como él mismo nos ha enseñado. Su Padre “no es un Dios de muertos sino de vivos” (*Mc 12,27*).

¿Qué llevaremos en nuestras manos cuando el Hijo del Hombre aparezca en su trono de Gloria? (cf. *Mt 25,31ss.*) ¿Habremos logrado la plena configuración con Él, por el amor? ¿Recibiremos la bienaventuranza propia de quien ha sabido reconocerlo en el hermano necesitado?

Jesucristo, Rey del Universo, nuevamente nos centra en el fin último de la historia y de nuestra vocación: que el Dios de la vida extienda su dominio de verdad y de vida, de santidad y gracia, de justicia, de amor y de paz. Ese día se cerrará oficialmente el *Año de la Fe* que comenzamos el 11 de octubre del año pasado, en conmemoración de los 50 años del comienzo del Concilio Vaticano II (1962) y de los 20 de la promulgación del Catecismo de la Iglesia Católica (1992).

¡Ánimo! Nuestro proyecto Fragua, a punto de pasar a la etapa *Spiritus Domini*, te sugiere un horizonte de esperanza.

2. Reflexión

A partir del Cuaderno 1 hemos subrayado con diversos acentos a lo largo de toda la etapa que Claret centró su vida cristiana y misionera en Cristo. Por eso, porque vivió una relación especial con él, su testimonio y guía son de gran ayuda para los tiempos que nos ha tocado vivir. Tiempos de un enorme pluralismo y complejidad. Tiempos en que sentimos la necesidad de ir a lo esencial, que nos centre y ayude a dialogar con otro tipo de convicciones y posturas.

Para un cristiano lo esencial es el mismo Jesucristo: su persona, su mensaje, su presencia liberadora en nosotros y en el mundo. Es necesario volver a Jesucristo, conocerlo mejor, escucharle

para seguirle, configurarnos con él e identificarnos con su misión.

2.1. Contemplar a Jesús como maestro y modelo

La investigación histórica sobre Jesús –como recordamos en el Cuaderno 1– ha hecho muchos avances y nos ha devuelto el rostro de Jesús con un grado muy elevado de garantía histórica.

Esto nos ayuda a profundizar con mayor conocimiento lo que Claret logró con los instrumentos de su época: contemplar la vida de Jesús en sus diversos aspectos.



Para el Fundador fue casi una obsesión contemplar las palabras, acciones y actitudes de Jesús, su maestro y Señor, a fin de poder imitarlo. Quizá por su experiencia y formación en el campo de los tejidos, para Claret era muy importante tener un buen modelo para reproducir.

Ya desde su infancia había recibido un gran impacto de la figura de su maestro de primeras letras, D. Antonio Pascual (cf. *Aut* 22-28). Éste le hizo valorar mucho la figura del maestro, no solo por lo que enseña, sino porque encarna él mismo las virtudes que enseña y, por tanto, puede servir de ejemplo y modelo a imitar. Tal

vez por ello, para Claret el título de Maestro será uno de los preferidos para referirse a Jesús. Desde su experiencia, el maestro es alguien a quien no solo se ha de agradecer lo que hace sino también amar profundamente.

Para Claret, Jesús es el divino Maestro (cf. *Aut* 375), mi Padre y mi Maestro, (cf. *Aut* 356), de quien ha de aprender (cf. *Aut* 372). Lo llamará frecuentemente ¡Jesús mío y Maestro mío! (cf. *Aut* 421, 444 etc.). Es alguien a quien no solo hay que escuchar sino también imitar. Su mensaje no son solo palabras o teorías, sino una forma de vida (cf. *Aut* 356) en cuyo horizonte está también

la cruz. Jesús, como un Maestro singular, escoge a sus discípulos con una invitación, con un *sígueme* muy personal y, por lo mismo, vinculante.

Atendiendo a la enseñanza de este Maestro, Claret deduce lo que significa ser discípulo. Lo dice en un opúsculo de 1846: “Este nombre cristiano quiere decir hombre de Cristo, dice lo mismo que discípulo o imitador de Cristo... Si lo queremos imitar o ir en pos de Él, hemos de oponernos a nosotros mismos, tomar la cruz y seguirlo” (*Imitación de Cristo paciente*, en *EE*, pp. 173-74).

En cuanto hijo del Corazón de María, Claret ansía seguir e imi-



tar a Jesús “en trabajar, sufrir y en procurar siempre y únicamente la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas” (Aut 494).

El discipulado que surge en torno a Jesús Maestro no se entiende, pues, como un simple aprendizaje de tipo nocional. No es una actividad temporal destinada a dar autonomía y suficiencia al discípulo que luego se las arreglará por sí solo, tal vez distanciándose de su maestro. Por el contrario, instaura una relación muy personal que compromete totalmente y para siempre al llamado con la persona de Jesús, con una implicación afectiva, cordial, de apego y comunión con

Él hasta el punto de hacer propia su forma de vida y su misión, que comienzan a dar orientación y sentido a la propia existencia.

De este modo, Claret intentará imitar la forma de actuar, de predicar y de ser de Jesús, entablando con él una profunda relación personal.

Las virtudes que Claret intenta imitar son valiosas no porque derivan de un código ético, sino porque las ve encarnadas concretamente en Jesús. Por eso Claret nos habla de “las virtudes de Jesús que me propuse imitar” (cf. Aut 428-37). En el Cuaderno 6 trabajamos ya este aspecto al hablar de las virtudes apostólicas.

2.2. Contemplar y meditar la persona y la vida de Jesús

El P. Fundador nos propone en algunos textos un cierto método para introducirnos en ese proceso de imitación de Cristo: “Procuraba imitar a Jesús, que a mí y a todos nos dice: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallareis descanso para vuestras almas. Y así contemplaba continuamente a Jesús en el pesebre, en el taller, en el Calvario. Meditaba sus palabras, sus sermones, sus acciones, su manera de comer, vestir y andar de una a otra población... Con este ejemplo me animaba y siem-

Ejercicio 1: Los rasgos de Jesús

1. Lee en la Autobiografía de San Antonio María Claret algunos de los aspectos de la vida de Jesús que el P. Fundador meditaba con la intención de imitarlos (cf. Aut 387):

- en su actitud de vivir en la presencia de Dios (cf. Aut 648)
- en su vida oculta (cf. Aut 658)
- en su itinerancia misionera (cf. Aut 221, 432, 817)
- en sus parábolas y modos de expresión (cf. Aut 222)
- en su trato con los niños (cf. Aut 276, 435)
- en su trabajo a favor de los pecadores (cf. Aut 214)
- en su mortificación (cf. Aut 658)
- en su pobreza (cf. Aut 363, 370, 429, 433)
- en su modestia (cf. Aut 389),
- en su mansedumbre (cf. Aut 372, 374, 782; EA, p. 566; EE, p. 350)
- en su oración (cf. Aut 50, 434).

2. Ahora **imagínate a ti mismo escribiendo un pasaje semejante de tu “Autobiografía”**. Piensa en tu edad y condiciones físicas, mentales y espirituales. Ubícate en la comunidad y en los ministerios que se te han encomendado a lo largo de tu vida misionera. Toma en cuenta los destinatarios, pasados y actuales, de tu servicio apostólico.

3. Pensando en “los misioneros en formación”, que aspiran a comprometerse en tu Familia misionera, **¿cómo transmitirías tu propio testimonio sobre el mejor modo de dar fruto apostólico?** ¿Qué detalles de tu propia lectura del Evangelio procurarías resaltar? ¿Coincides con Claret en dar relieve al Jesús misionero, anunciador de la Buena nueva?

pre me decía: ¿Cómo se portaba Jesús en casos como éste? Y procuraba imitarle, y así lo hacía con mucho gusto y alegría, pensando que imitaba a mi Padre, a mi Maestro y a mi Señor y que con esto le daba gusto” (Aut 356).

“No solo me acordaré de lo que padecía Jesús en cada hora, sino que además en cada obra me acordaré de lo que hacía Jesús y cómo lo hacía, a fin de imitarle en la intención de hacer y en la perfección en practicarla. Al despertarme por la mañana me acordaré de Jesús, cómo despertaba y se ofrecía a su Eterno Padre; yo me levantaré prontamente y me ofreceré a Dios yo y todas mis obras. Al hacer la oración pensaré cómo Jesús oraba” (Propósitos, en AEC, p. 729).

Medita con qué pasión y enamoramiento de Jesús escribió Claret estas palabras, junto a su deseo de reproducir en él mismo los sentimientos, actitudes, acciones y estilo del Maestro. En el fondo, Claret estaba convencido de que así respondía a su amor, y colaboraba con él en su misión salvífica.

La meditación y contemplación de la vida de Jesús, que alimentaba sobre todo en los evangelios sinópticos, llegará a ser una práctica diaria que, como lluvia fina, hizo que Claret fuese tomando la

forma de su Maestro y Señor. Es lo que nuestras Constituciones, fieles a él, nos aconsejan en un texto que se ha repetido varias veces a lo largo de la etapa *Caritas Christi* como un *ostinato*: “Tenemos que contemplar asiduamente a Cristo e imitarlo, penetrados de su Espíritu, hasta que ya no seamos nosotros mismos los que vivamos, sino que sea Cristo quien realmente viva en nosotros. Solo de este modo seremos válidos instrumentos del Señor para anunciar el reino de los cielos” (CC 39). La *lectio divina* diaria, especialmente del Evangelio, en este proyecto de *La Fragua en la vida cotidiana*, ¿te está ayudando, como a Claret, a tomar la forma de Jesús, Maestro de vida?

2.3. ¿Qué aspectos de Jesús debemos imitar?

En la Autobiografía podemos observar que la contemplación de Jesús abarca toda la vida y la persona de Claret: “Contemplaba continuamente a Jesús en el pesebre, en el taller, en el Calvario. Meditaba sus palabras, sus sermones, sus acciones, su manera de comer, vestir y andar de una a otra población...” (Aut 356). Pone en evidencia el carisma particular con que el Espíritu Santo le agradó: la

sensibilidad especial hacia el Jesús misionero itinerante, enviado por el Padre, ungido por el Espíritu para evangelizar a los pobres y traer la salvación al mundo entero.

En esta contemplación de Jesús, Claret centra toda su mente, su corazón, sus energías. Esta es la gracia vocacional, que lo ha iluminado, le ha puesto calor en el corazón y lo ha llevado a la identificación con Cristo hasta la entrega de la vida: “Quien más y más me ha movido siempre es el contemplar a Jesucristo cómo va de una población a otra, predicando en todas partes; no solo en las poblaciones grandes, sino también en las aldeas; hasta a una sola mujer, como hizo a la Samaritana, aunque se hallaba cansado del camino, molestado de la sed, en una hora muy intempestiva tanto para él como para la mujer” (Aut 221).

En esta lectura también prestará una especial atención al estilo de predicación de Jesús: “Desde un principio me encantó el estilo de Jesucristo en su predicación. ¡Qué semejanzas! ¡Qué parábolas! Yo me propuse imitarle con comparaciones, símiles y estilo sencillo” (Aut 222).

Es destacable la voluntad de hacer del Evangelio una regla de vida que derivará en una obsesión por querer reproducir materialmente todos los rasgos de Jesucristo. Así Claret se coloca en la fila de los santos que ha practicado el seguimiento de Jesús en su predicación itinerante y apostólica, como Domingo de Guzmán, Francisco de Asís o Ignacio de Loyola.

En esta primera etapa se puede hablar de un literalismo evangélico o seguimiento *sine glosa*, del Jesús itinerante y misionero, que predica incansablemente por pueblos y aldeas la buena noticia del Reino.

Se trata en definitiva, de *trabajar y sufrir* (cf. Aut 130; EE, p. 344). Dos verbos, incorporados al Memorial claretiano que, junto con el *orar*, sintetizarán su imitación de Jesús considerada en clave misionera.

Las Constituciones retoman la experiencia de Claret y nos proponen a Jesús como modelo, al que hemos de imitar. Debemos imitarlo en todo, a semejanza de los Doce (cf. CC 4). Como ellos, seguimos a Cristo en comunidad para proclamar la

Buena Nueva en el mundo entero (cf. CC 4). Desde esta clave se comprende todo lo demás. Debemos imitarlo especialmente: en la *castidad* (cf. CC 20), en la *pobreza* (cf. CC 23), en la *obediencia* (cf. CC 28), en la *mansedumbre* (cf. CC 42), en la *oración asidua* (cf. CC 33), en la *comunión de vida con los apóstoles* (cf. CC 10), en el *servicio* (los diáconos: cf. CC 81).

Para las Constituciones el seguimiento-imitación de Jesucristo debe ser, pues, nuestro proyecto

de vida. Así se dice programáticamente en la Constitución Fundamental: “Hacemos nuestro el modo de vida de Jesús, que abrazó también en fe la Virgen María. De esta manera nos proponemos representar en la Iglesia la virginidad, la pobreza y la obediencia de Cristo, predicando el Evangelio” (CC 5).

2.4. Para configurarnos con Jesús y unirnos íntimamente a él

La configuración con Cristo es, ante todo, una experiencia mística expresada de manera diferente en las diversas tradiciones neotestamentarias. La tradición paulina, por ejemplo, nos habla de *con-morir* y *con-resucitar* con Cristo, especialmente en el bautismo. También nos habla de *vivir en el Señor*. La tradición joánica prefiere términos como perma-



necer en Cristo o en el Padre, estar en Él, o recibir en nosotros su morada. La tradición de Mateo se refiere a una experiencia similar enmarcando el evangelio entre el título de Emmanuel, Dios-con-nosotros, dado a Jesús y su promesa de *estar con nosotros* cada día hasta el final del mundo.

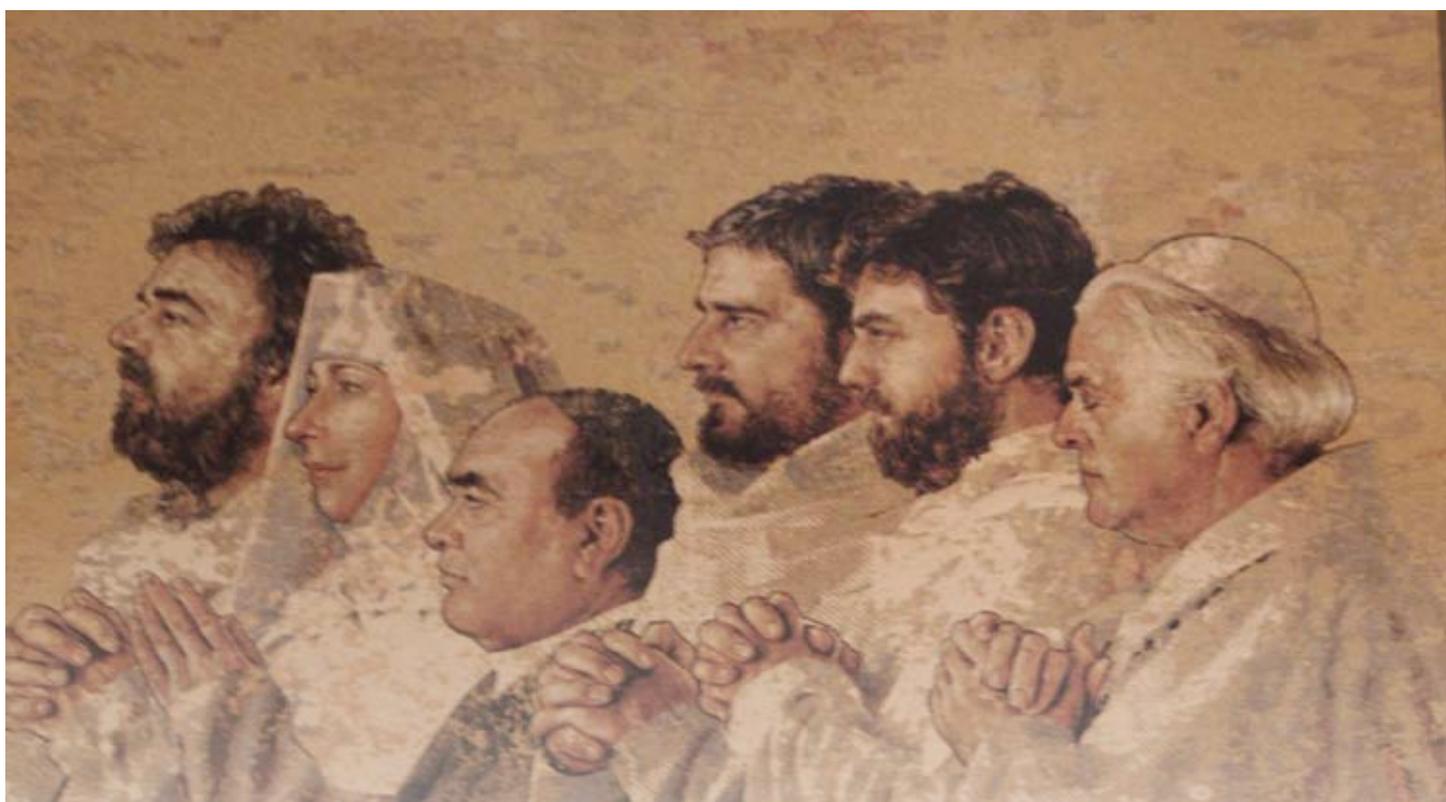
Como ya vimos, en la etapa de misionero apostólico predominaba en Claret la clave fundamental de la *imitación* que estará presente en el resto de su vida.

Pero, progresivamente, Claret pasará de la imitación a la *configuración* con Cristo (cf. EA, pp. 569, 575). Las etapas de Cuba, de Madrid y del exilio supondrán, en este sentido, un fuerte desarrollo con respecto a la etapa de misionero apostólico en

Cataluña y Canarias, aunque no se pueda hablar de dos estadios totalmente diferenciados.

Este proceso implicará, sobre todo, una profunda *unión* con el Señor, hasta tomar la forma o la figura de Cristo. Es la vivencia que expresa San Pablo en el culmen de su vida mística: “Ya no soy yo quien vivo: es Cristo quien vive en mí” (Gal 2,20). Claret hará suya esta expresión paulina porque refleja su propia experiencia.

La configuración alcanzará en Claret grados insospechados en su unión íntima con Jesús Eucaristía. Se desarrolla a niveles elevados la sensibilidad que ya estaba presente en él desde la infancia: “Las funciones que más me gustaban eran las del Santísimo Sacramento: en éstas, a las que asistía



con una devoción extraordinaria, gozaba mucho” (Aut 37). “¡Con qué fervor, con qué devoción y amor!... más que ahora, sí, más que ahora” (Aut 38).

La *gracia grande* de la conservación de las especies sacramentales en su pecho será la cima de su unión mística con el Señor (cf. Aut 694). Con ella llega a una conciencia más profunda de su cuerpo como templo del Espíritu Santo. Delante del Santísimo siente una fe tan viva y experimenta tan sensiblemente la presencia de

Jesús que afirma poder besar sus llagas continuamente: “Siempre tengo que separarme y arrancarme con violencia de su divina presencia cuando llega la hora” (Aut 767). Pero, aun en esa unión tan íntima, no deja de lado sino que se aviva de un modo más profundo la sensibilidad apostólica: “... debo hacer frente a todos los males [de España]” (Aut 694).

La configuración cobra ahora un fuerte sentido martirial y va adoptando las características de la unión con el Cristo pascual y del

ofrecimiento como víctima. Claret, asediado por las persecuciones, desea finalmente morir para estar con Él (cf. EA, p. 588), anhela ofrecerse en sacrificio y unirse a Cristo para gloria de la Trinidad (cf. EA, p. 549). La voz de Jesús se le hace cercana en las diversas locuciones que recibe (cf. Aut 684, 690, 691, 831, 832, 839).

Nuestras Constituciones dedican todo un capítulo a la configuración con Cristo (cf. CC 39-45), como tuvimos ocasión de meditar en el Cuaderno 6. De entrada,

dejan claro que ésta se produce como un admirable resultado entre el don de Dios, que tiene la primacía, y nuestra respuesta libre. En efecto, gracias a la unción del Espíritu participamos de la plenitud de Cristo y nos configuramos con Él. Pero el don exige nuestra colaboración personal. Por eso se nos pide que “contemplemos asiduamente a Cristo y lo imitemos, dejándonos invadir por su Espíritu, hasta que ya no seamos nosotros mismos los que vivamos, sino que sea Cristo quien realmente viva en nosotros”. A partir de ahí

tomando la forma de siervo (cf. CC 41);

- la *mansedumbre apostólica*, que era en Jesús una expresión de su caridad (cf. CC 42);
- la *mortificación corporal* que nos configura con Cristo, que dijo: “Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz” (CC 43);
- la *resistencia en la adversidad y la solidaridad con los que sufren* (cf. CC 44);
- la *configuración con Jesús en el momento del sufrimiento o*

resurrección y nuestra vida” (CC 45).

- *Unión experiencial*, firme y constantemente, aun en medio de los cambios de este mundo (cf. CC 73).
- *Unión privilegiada en la celebración diaria de la Eucaristía* (cf. CC 35). Resulta interesante a este respecto lo que se pide especialmente a los novicios: “adherirse de todo corazón a Cristo el Señor, principalmente en el misterio de la Eucaristía, de cuyo ministerio y vida serán partícipes”.



intentamos “conseguir nuestra configuración con Cristo por medio de los votos religiosos” en la comunidad misionera y otras virtudes, según nuestro carisma en la Iglesia (CC 39).

Enseguida, las Constituciones subrayan algunas virtudes apostólicas, muy recomendadas por nuestro Padre Fundador:

- La *caridad o celo apostólico*, que nos configura con Jesús, urgido por un ardiente amor al Padre y a los hombres (CC 40);
- la *humildad*, que nos hace participar en los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo, que se anonadó a Sí mismo,

de la enfermedad (cf. CC 45).

Las mismas Constituciones subrayan también otros elementos conducentes a la unión con Cristo:

- *Unión en los momentos de tentación*: “Durante las mismas tentaciones debemos permanecer unidos a Cristo, que todavía es tentado en nosotros” (CC 53).
- *Unión en los momentos de sufrimiento*: “Cuando alguien esté gravemente enfermo, únase más estrechamente con Cristo también por medio de los Sacramentos de los enfermos... ponga toda su esperanza en aquel que es nuestra

- *Unión que crece en la oración*, especialmente eucarística. Por eso, se nos pide a todos, que tengamos “en mucho aprecio el coloquio con Cristo el Señor en la visita y culto de la santísima Eucaristía” (CC 35).
- *Unión como fundamento de la confianza que hemos de poner en El*: “Hemos de confiar en el Señor y pedirle con humilde oración su ayuda”. “Hemos de poner toda nuestra confianza en el Señor y no en el dominio, en las riquezas, buscando, ante todo, el Reino de Dios que es de los pobres” (CC 24).

Ejercicio 2: Fabrica tu propia saeta

1. A punto de concluir la etapa *Caritas Christi*, puedes representar tu propio proceso de configuración con Cristo consiguiendo, mandando hacer o haciendo tú mismo, **una pequeña saeta o una figura que la simbolice**. El mismo hecho de buscarla o ver el modo de adquirirla forma parte del ejercicio.

2. Una vez conseguida, **personalízala**: puedes pulirla, afinarla, pintarla, prepararle un lugar entre tus cosas, escribir en ella tu nombre, etc.

Tal vez decidas representar en ella que tu proceso aún es incompleto. También puedes representar en ella la virtud o el elemento de tu proceso de configuración con Cristo, que te sientes llamado a reproducir o en el que sientes una especial necesidad.

3. Cuando consideres oportuno, **busca un momento de oración**. Vuelve a leer los puntos de la última parte del apartado anterior y, contemplando tu saeta, recita una de las oraciones de Claret; por ejemplo, la segunda parte del n. 342 de su Autobiografía, o la oración a María que realizaba antes de cada misión (cf. *Aut* 270). También puedes componer tu propia oración y escribir un recuerdo de ella en tu saeta.

2.4.1. El Jesús sufriente: la “sabiduría del corazón”

Sorprende el acento que Claret pone en los sufrimientos de Cristo. Sufrimientos de todo tipo que acompañan irremisiblemente al cristiano y al apóstol.

Buena parte de la *Definición de Misionero* está dedicada a desarrollar este aspecto de nuestra espiritualidad. Llama la atención la combinación paradójica de **sustantivos que expresan dolor y sufrimiento** (privaciones, trabajos, sacrificios, calumnias, tormentos) con **verbos que denotan alegría y triunfo** (gozarse, abordar, abrazar, complacerse, alegrarse).

Y todo ello como expresión del seguimiento de Cristo. En efecto, el misionero “no piensa sino cómo seguirá e imitará a Jesucristo en trabajar, sufrir...” (*Aut* 494).

Lo expresado en el *Memorial del Misionero* coincide con la descripción que Claret hace de la figura de San Pablo. En dos textos clave, después de referirse al trabajo incansable del Apóstol de las gentes, refiere sus grandes sufrimientos: “Él sufre azotes, piedras, persecuciones de toda especie, calumnias las más atroces. Pero él no se espanta; al contrario, se complace en las tribulaciones, y llega a decir que no quiere gloriarse sino en la cruz de Jesucristo” (cf. *Gal* 6,1s; cf. *Aut* 224).

“No teme las cárceles ni las cadenas; no le arre-

dran los azotes ni la amenazas de muerte le detienen” (*EE* p. 286; cf. *2 Cor* 11,23).

Después del atentado de Holguín, Claret comprenderá en su propia carne las consecuencias de ser apóstol por Cristo e interpretará este sufrimiento como fruto de su fidelidad por las verdades evangélicas: “No puedo yo explicar el placer, el gozo y alegría que sentía mi alma al ver que había logrado lo que tanto deseaba, que era derramar la sangre por amor de Jesús y de María y poder sellar con la sangre de mis venas las verdades evangélicas. Y hacía subir de punto mi contento el pensar que esto era como una muestra de lo que con el tiempo lograría, que sería derramarla toda y consumir el sacrificio con la muerte” (*Aut* 577).

Llama poderosamente la atención que Claret, después de hablar de su imitación del estilo de predicación de Jesús, realiza un cambio brusco para expresar la admiración por sus sufrimientos: “¡Qué persecuciones!... Fue puesto por signo de contradicción, fue perseguido en su doctrina, en sus obras y en su persona, hasta quitarle la vida a fuerza de denuestos y de tormentos e insultos, sufriendo la más bochornosa y dolorosa muerte que puede sufrirse sobre la tierra” (*Aut* 222).

En los *Avisos a un sacerdote*, un opúsculo de 24 páginas, publicado por el P. Claret en 1844 y destinado a quienes practicaban los Ejercicios Espirituales bajo su dirección, nos sorprende con el aviso n° 25, el más extenso: “Si la caridad, la necesidad



o el mandato de tu superior te llama al ministerio de la divina palabra, retírate antes, como tu divino Maestro, a orar un poco en la soledad, para adquirir, meditando en las penas de Jesús Crucificado, aquella ciencia del corazón sin la cual tu palabra sería como el sonido de la campana” (EE, p. 244).

El texto expresa la profunda experiencia de configuración de Claret con el Cristo sufriente considerada como fundamental para adquirir la ciencia del corazón que constituye al misionero.

En la contemplación del icono de Jesús crucificado se realiza la única iniciación genuina en la misión. Jesús, en su pasión, es ante todo el icono del dolor humano, mostrado en toda su crudeza: en la sangrienta agonía del huerto, en el humillado silencio ante quienes lo juzgan, en la destructora dureza de los clavos y la lanza, en la experiencia del extremo abandono. Dolor luego transformado gracias a la vivencia personal de Jesús que, “habiendo amado a los suyos que quedaban en el mundo, los amó hasta el fin” (Jn 13,1).

De ahí que el rostro del Crucificado permanezca también y para siempre como el icono del amor más genuino, del amor que lleva a dar la vida por aquel a quien se ama (cf. Jn 15,13).

En un otro opúsculo de piedad popular titulado Reloj de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, Claret ha ido identificando las innumerables lecciones de amor que el Crucificado transmite y los gestos concretos con que nosotros podemos hacerlos vida nuestra (cf. EE, p. 196-201).

La ciencia del corazón nos hace capaces de priorizar el servicio por encima del poder de dominio y el dar fraterno por encima del exigir; nos permite alumbrar las razones de la misericordia y del perdón para generar justicia; nos da lucidez para descubrir la centralidad de la persona frente a otras posibles conveniencias o intereses; nos va haciendo comprender la experiencia de la semilla caída en tierra y el sentido del dar la propia vida para que todos tengan vida en abundancia.

Una de las características de la predicación misionera de Claret y de todo su ministerio fue siempre la de transmitir misericordia, la misericordia de Jesús mismo, como primordial impulso a la conversión. De la contemplación del Crucificado, de sus razones de amor, puede en efecto ir brotando una profunda identificación con Él, identificación que es siempre opus amoris. En algunos períodos de su vida prevaleció el trabajar, el anunciar incansablemente el Evangelio; en otros, prevalecerían la persecución, los atentados, el destierro. También en estos trances, el misionero –como Claret– toma conciencia que su mensaje ha de ser como el de San Pablo cuando decía: “Mientras los judíos piden milagros y los griegos van en busca de sabiduría, nosotros en cambio predicamos a un Cristo crucificado” (1 Cor 1,23; cf. 2,2).

Solo desde el mensaje del Crucificado, la ciencia del corazón puede colocar, en el centro, el amor al prójimo sin distinciones. Toda construcción moral y la misma justicia tienen su base en el amor a Dios y al prójimo (cf. Mt 22,36-40; Rm 13,8.10). Las heridas que la humanidad soporta hoy están demandando una justicia impregnada de compasión. A través de sus palabras y actitudes, el discípulo aporta, junto al humanismo de la razón, el humanismo del amor.

2.4.2. El Hijo de María, la formadora de apóstoles

En el proceso claretiano de imitación, seguimiento y configuración con Cristo, adquiere gran relieve la figura de María. La profunda experiencia de Claret al respecto será recogida cualitativamente por las Constituciones.

Jesús es el Hijo de María. Así lo recoge nuestra Constitución Fundamental (cf. n. 2), citando Gal 4,4: “Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley y para que recibiéramos la filiación adoptiva”. La encarnación en el seno de una mujer, manifestará, según san Pablo, la *kénosis* o el anonadamiento del Hijo de Dios, que se somete a la ley y nace como hombre autén-

tico para rescatar a quienes ahora asume como sus hermanos.

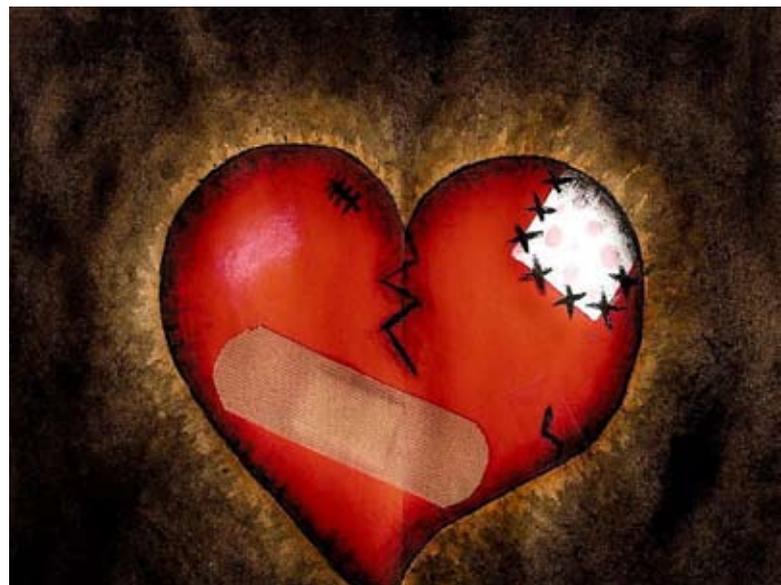
Por eso, para nosotros claretianos, Jesús será siempre el Hijo de María, aquel que procede física y espiritualmente de ella con la misión de salvar a la entera humanidad, sometida por el pecado y sus consecuencias.

La Madre de Jesús, contemplada también como la primera discípula de Jesús (cf. CC 5. 61; LG 44.46), es para nosotros modelo de pobreza, castidad y obediencia. Sin embargo, todas estas virtudes encontrarán como fundamento el ejercicio, en nosotros, de su maternidad espiritual (cf. CC 8). Ella, que concibió en su seno a Jesús y en cuyas entrañas se fue configurando como el Hijo de Dios encarnado, continúa ejerciendo su función materna en nosotros hasta que, bajo la acción del Espíritu, tomemos la forma de su divino Hijo. Por eso Claret pondrá de relieve la función de María como madre y formadora de Apóstoles en la fragua de su corazón maternal (cf. Aut 270).

No hay duda de que el acento de Claret en virtudes como la humildad, la mansedumbre, la misericordia... lo que hoy podríamos traducir por cordialidad, debe mucho a la fuerte impronta mariana de su seguimiento de Cristo. El natural compasivo y tierno de Claret, que le impulsaba a poner remedio a los sufrimientos del prójimo (cf. Aut 9-17), encontrará en esta cordialidad mariana una veta profunda para su espiritualidad apostólica.

2.4.3. El Misterio de Jesús como misterio de amor

Claret tiene también una mirada global y profunda de la persona y la obra de Jesús entendida como Misterio de Amor. En el fondo, es lo que expresa en el lema *Caritas Christi urget nos* (2 Cor 5,14) de su escudo episcopal. Misterio de Amor íntimamente

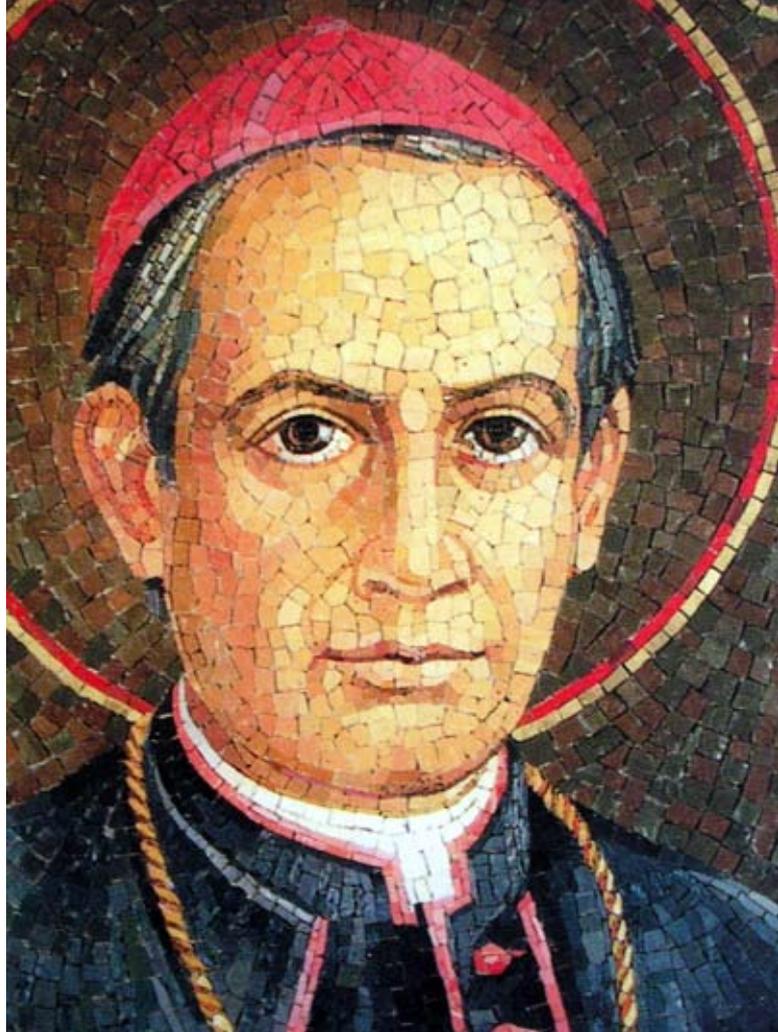


vinculado al Amor del Padre cuya voluntad consiste en “que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad” (1 Tm 2,3-4).

Desde esta visión, nuestra Constitución Fundamental presenta a Jesucristo como el Enviado del Padre que expresa el amor inequívoco del Padre hacia el mundo y su voluntad de salvación. El n. 3, citando el Evangelio de Juan, lo expresa claramente: “Tanto amó Dios al mundo que le dio su Hijo único para que tenga vida eterna y no perezca ninguno de los que creen en El. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo por El se salve” (Jn 3,16-17).

Claret contempla el inmenso amor que Jesús tuvo y tiene hacia el mundo y las personas, que le llevó a asumir tantos sufrimientos, calumnias, persecuciones y la muerte más atroz. Para Claret, contemplar el conjunto de la persona y misión de Jesús es sentirse profundamente amado por él y estimulado a entregarse a él y a su causa. De aquí que encuentre en la frase de Pablo –“La caridad de Cristo nos apremia”– una síntesis perfecta de sus motivaciones. En algunos textos, Claret mismo nos expresa claramente cómo entendió este texto paulino: “El lema que dice *Charitas Christi urget nos*, quiere decir que no es el amor al oro, plata, etc., el que impele a correr de una parte del mundo a otra, sino el amor de Cristo, como lo decía San Pablo, pues de él son tomadas estas palabras” (EC, I, p. 414). “De tal manera impele [este fuego] al Prelado, que se olvida de sí mismo y anda por donde le dirige el Espíritu del Señor, y puede decir lo del Apóstol San Pablo: *Charitas Christi urget nos*. Ya sabéis, hijos, que este es nuestro timbre, nuestra divisa y nues-tro todo; pues que la caridad de Cristo nos ha hecho emprender tanto trabajo en visitaros, exhortaros, en catequizar y disponer vuestros corazones para administraros los santos sacramentos...” (Carta pastoral al pueblo,1, p. 6).

El amor que le tiene Cristo. El amor que le tiene a Cristo. Esta es la clave decisiva de su persona y de la obra. Por eso indica la virtud de la caridad como la más importante para el misionero, que le permitirá desarrollar el gran celo celo que necesita y la capacidad para afrontar toda clase de renunciaciones y sacrificios. Por eso hay que pedir ese amor en la oración: “¡Oh Jesús mío!, os pido una cosa que yo sé me la queréis conceder. Sí, Jesús mío, os pido amor, llamas grandes de ese fuego que Vos habéis bajado del cielo a la tierra. Ven, fuego divino. Ven, fuego sagrado; enciéndeme, abrázame, derrítame y derrítame al molde de la voluntad de Dios” (Aut 446). “¡Oh Madre mía María! ¡Madre del divino



amor, no puedo pedir cosa que os sea más grata ni más fácil de conceder que el divino amor, concedédmelo, Madre mía! ¡Madre mía, amor! ¡Madre mía, tengo hambre y sed de amor, socorredme, saciádmelo! ¡Oh Corazón de María, fragua e instrumento del amor, enciéndame en el amor de Dios y del prójimo!” (Aut 447).

2.4.4. El mensaje de “*Caritas Christi*”: el amor en el centro

El mensaje del núcleo *Caritas Christi* constituye la respuesta claretiana al problema de la infelicidad humana. El hombre intuye que solo el amor lo hace feliz; pero no sabe amar, se encuentra siempre amenazado. Solamente cuando el ser humano acepta el amor como un don queda habilitado para convertirlo en arte y tarea.

Para un misionero, anunciar a Jesucristo y su obra de amor implicará unos acentos particulares.

- *Ante todo este amor no es un valor abstracto.* En Cristo se ha hecho visible de forma insuperable el amor salvífico y personal de Dios. Cristo, a su vez, urgido por ese mismo amor al Padre y a los hombres, se entregó hasta la muerte en cruz. En la oblación de sí mismo nos revela al

Dios que lo envía y sana todas las imágenes distorsionadas que el hombre se fabrica. Por eso se convierte en el camino de acceso al Padre y, en definitiva, en el centro de la vida del hombre. Amar en términos claretianos significará, contra todo reduccionismo romántico, entregar la propia vida como Cristo y participar de su muerte y resurrección. Esto no es un precepto moral que recarga nuestra conciencia saturada: es un don que se nos ofrece. Quien, mediante la fe y los sacramentos, se incorpora a Cristo está capacitado para vivir oblativamente.

- En las circunstancias del momento presente, la visibilización del amor cristiano implica necesariamente una *opción preferencial por los más*

por la justicia. Este compromiso, cuando brota de motivaciones profundas, ayuda a corregir las distorsiones de la mera razón y revela otras dimensiones escondidas de la realidad.

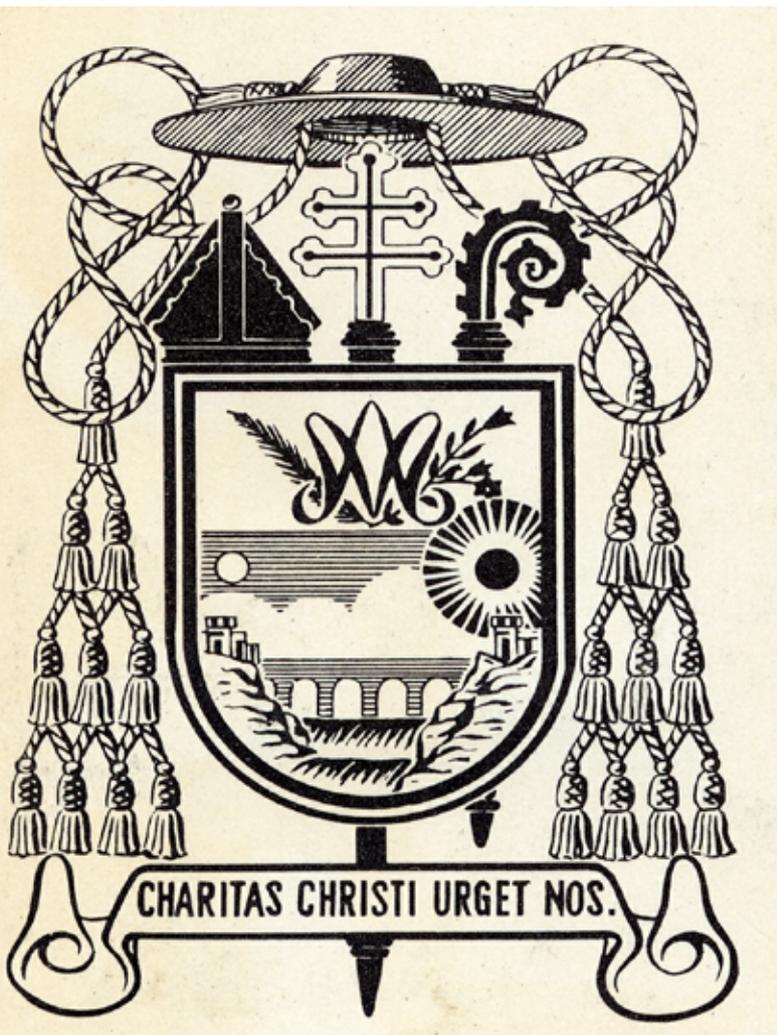
- El misionero, que ha experimentado a Cristo como su centro, *debe anunciarlo como Hombre Nuevo*, pero tratando de mostrar, en su vida y en sus palabras, que este anuncio no consiste primariamente en un sistema de pensamiento, en un simple código ético o en una adhesión sentimental, sino en una experiencia de encuentro que lleva progresivamente a la configuración y que, como en Claret, nos asocia a su vida y misión. En cuanto misioneros, la nuestra es una espiritualidad que nos configura con Cristo a través de las virtudes más típicamente claretianas (pobreza, humildad, mansedumbre, mortificación, celo, etc.) y nos apremia para llevar la Palabra de salvación a todos los necesitados.
- *La comunidad surgida de este amor constituye una alternativa al modelo egocéntrico de organización social.* Es una comunidad nacida y convocada por la Palabra que comparte la fe, la experiencia espiritual, el envío apostólico, tanto en el ámbito de la oración como en el de la reflexión y el del trabajo. Por eso, dado que la colaboración en el ministerio de la Palabra pertenece al origen de nuestra vida comunitaria, debemos favorecer los medios que nos ayuden a superar el individualismo (asamblea comunitaria, proyecto de vida, trabajo en equipo, etc.).

2.5. El viaje del egocentrismo a la oblatividad

La experiencia *Caritas Christi* tiene que ver con nuestra vida afectiva, pero ¿existe una verdadera espiritualidad "afectiva" o, en este terreno, abundan demasiado los tabúes, los temores y los silencios? Vivimos en una sociedad que ha cambiado mucho en su manera de entender y vivir la sexualidad y la afectividad en general, como hemos tenido ya ocasión de reflexionar desde diferentes perspectivas en el Cuaderno 8 de la etapa *Quid Prodest* y en el Cuaderno 5 de la etapa *Patris Mei* que ahora concluimos.

Hoy no se entiende el significado de la castidad consagrada, a menos que se perciba inequívocamente como una fuente de vida plena y de entrega sincera a los demás. Es decir, a menos que nuestro celibato se parezca al de Jesús.

Los escándalos en materia sexual por parte de algunos miembros del clero y de los religiosos no han hecho sino agravar una crisis que hunde sus raíces en la dificultad de creer que el celibato pueda



pobres, que constituyen la mayoría sufriente y discriminada de la humanidad. En los países del primer mundo, responsables en buena medida del empobrecimiento del tercero, es imprescindible subrayar esta dimensión del amor y encontrar cauces que la expresen. La tarea de humanización, para ser verdaderamente tal, debe empezar siempre por los que se encuentran más deshumanizados. La cultura que ha perdido a Dios por la vía de la razón está llamada a encontrarlo por la vía de un compromiso serio

ser un camino verdaderamente humanizador.

El celibato por el Reino, antes que nada, es un don, un carisma que Dios concede a algunos hombres y mujeres para vivir el mismo estilo de vida de Jesús. No todos lo reciben y no todos pueden entenderlo. Ahora bien, este carisma echa raíces en una estructura afectiva humana. A esto queremos referirnos ahora. La afectividad humana se desarrolla entre dos polos: el repliegue sobre uno mismo (*egocentrismo*) y la apertura a los demás vivida como donación (*oblatividad*). Nuestro proceso de formación continua tiene que ayudarnos a realizar a lo largo de nuestra vida el viaje que va desde el egocentrismo a la oblatividad.

El egocentrismo se alimenta culturalmente. Vivimos en la época del Yo (*yo quiero, yo decido, a mí me gusta, etc.*). Esto, en principio, supone un gran avance sobre épocas en las que el yo quedaba diluido en el grupo, porque nos ayuda a descubrir nuestra dignidad como seres humanos y el valor de la conciencia y de la libertad individuales. Pero, ¿qué sucede cuando hacemos del yo el centro de todo y el término final de todo?: que nos convertimos en personas egocéntricas, incapaces de abrirnos a los demás y de entregarnos amorosamente a Dios.

Quienes descubrimos la llamada e intentamos seguir a Jesús somos invitados a vivir como él. Recordemos sus palabras: “Si amáis solo a los que os aman, ¿qué mérito tiene eso? ¿No hacen también eso los publicanos?” (*Mt 5,46*). Desde un punto de vista pedagógico, amar de este modo exige realizar dos aprendizajes básicos: el de la *distancia* y el de la *cercanía*.

- *Sin distancia no hay autonomía sino dependencia.* Necesitamos aprender a vivir por nosotros mismos sin usar a los demás en nuestro provecho. Esto implica aprender a asumir la soledad sin recurrir a soluciones falsas: el placer (alcohol, sexo, diversión), la resignación, el trabajo o la violencia. Implica también respetar a los demás como diferentes.
- *Pero donde hay amor hay también cercanía.* Los seguidores de Jesús tenemos que aprender a vivir cerca de las personas, especialmente de las más necesitadas. Tenemos que aprender a servir. Un seguidor de Jesús es siempre –y, por encima, de todo– un servidor, alguien dispuesto a entregar su vida.

Compaginar distancia y cercanía es esencial para la madurez afectiva y para vivir una vida claretiana que no sea evasiva sino que reproduzca con claridad el estilo de vida de Jesús, que no vino a ser servido sino a servir (cf. *Mt 20,28*). La mejor

expresión de esta dinámica se encuentra en la Eucaristía.

2.6. La existencia eucarística: el don de sí mismo

Ya hemos visto, con ayuda del Cuaderno 8, la importancia que tuvo la Eucaristía para Claret en su proceso de configuración y unión con Cristo. A semejanza de él, la autenticidad de la celebración sacramental de la eucaristía de un misionero se traduce en una existencia eucarística, marcada por la oblatividad.

Nuestras Constituciones nos animan celebrar “diariamente y con plenitud de espíritu el misterio de la Eucaristía, uniéndonos a Cristo Señor, que proclama palabras de vida, se ofrece a sí mismo por los hermanos, honra al Padre y edifica la unidad de la Iglesia” (*CC 35*). Podemos afirmar que quien se alimenta del pan de la vida aprende a vivir y a transmitir vida, y se transforma en lo que come. La Eucaristía nos va forjando por dentro, nos da la energía que necesitamos para vivir los votos como camino de libertad, para construir la comunidad con nuestra entrega permanente y para practicar las virtudes que nos dan un rostro misionero.

La dinámica de la Eucaristía sacramental es la dinámica de una auténtica espiritualidad misionera. Los que participamos a diario en la Eucaristía sacramental nos vamos transformando en un pan que es *tomado, bendecido, partido y repartido*. Entendemos por Eucaristía existencial la actitud de completa disponibilidad para convertirnos en alimento para los demás. Lo que nos asemeja a Jesús no es tanto la realización de los servicios que nosotros elegimos y programamos (y que a menudo son solo una prolongación de nuestro yo narcisista o de nuestro deseo de realizarnos) sino de aquellos que nos requieren los demás (y que suelen ser los realmente necesarios).

Esta continua desapropiación tiene muchas traducciones prácticas: actitud para trabajar en equipo, disposición a aceptar nuevos destinos, apertura a nuevas personas y situaciones, etc. En ellas se verifica la dimensión oblativa, característica del núcleo *Caritas Christi*.

En esta perspectiva se entiende también el verbo *sufrir*, que forma parte de nuestra definición misionera, adquieren profundo sentido nuestros votos religiosos y las llamadas virtudes apostólicas, y, naturalmente, encuentra espacio nuestro compromiso con los más pobres, sin que esto suene a canción de moda o a simple desahogo afectivo.

Ejercicio 3: La Eucaristía en la vida cotidiana

1. La Eucaristía es un lugar privilegiado para la unión íntima con Cristo como lo fue para Claret. A lo largo de varios días sucesivos, **centra tu meditación personal en torno a los diversos momentos que conforman su celebración:**

- Constitución de la asamblea, convocada por Cristo, en la fuerza del Espíritu, para gloria del Padre.
- Acto penitencial.
- Liturgia de la Palabra.
- Liturgia eucarística con sus diversos momentos: presentación de los dones, plegaria eucarística, doxología ...
- Comunión: Padre nuestro, embolismo, rito de paz, comunión sacramental ...
- Despedida y envío misionero.

2. Al detenerte en cada uno de estos momentos y en sus diversas partes, pregúntate **cómo pueden convertirse en una oportunidad para la unión con Cristo** y hacer realidad lo que subrayan las Constituciones de este Sacramento: "Celebremos diariamente y con plenitud de espíritu el misterio de la Eucaristía, uniéndonos a Cristo Señor, que proclama palabras de vida, se ofrece a sí mismo por los hermanos, honra al Padre y edifica la unidad de la Iglesia" (CC 35).

3. No olvides **escribir las luces que el Señor** te conceda en este ejercicio, concrétales en un propósito y, si es posible, compártelas con algún miembro de tu comunidad.

3. Sugerencias para el encuentro comunitario

1. Se puede empezar o acabar la reunión con una **liturgia de la Palabra**. Se sugiere alguno de los tres formularios recogidos en nuestro *Directorio Espiritual* para celebrar el segundo día del Triduo preparatorio a la Fiesta del P. Fundador y que se centran en la *Configuración con Cristo* (*Dir. Esp. CMF*, pp. 179-186).

2. En esta reunión de final de etapa, se trata de **dar gracias comunitariamente por todo lo que el Señor nos ha hecho descubrir durante el año**. Pero también es el momento de compartir fraternalmente los avances, gozos, dificultades, temores o retrocesos. La riqueza del compartir nos ayudará a tomar conciencia de que este camino no lo hacemos en solitario, sino en comunidad.

3. Con objeto de **facilitar la compartición fraterna**, la pregunta fundamental que puedes hacerte al final de la etapa *Caritas Christi* es: ¿Cómo he notado que Cristo se va configurando en mí, o que mi barra de hierro ha ido tomando su forma, gracias al amor del Padre y al proceso de la Fragua? Tal vez también te ayuden los siguientes elementos:

- ¿Qué aspectos de Jesús han llamado especialmente mi atención?
- ¿Qué virtudes considero más importantes para dar credibilidad al anuncio del Evangelio en la cultura y sociedad en que se desarrolla mi servicio misionero?
- ¿En qué circunstancias o momentos de mi vida he experimentado más la unión con Cristo?
- ¿Qué experiencia de la Eucaristía puedo narrar, como momento privilegiado de comunión con Cristo?
- ¿Cómo voy experimentando en mi vida la tensión entre el egocentrismo y la oblatividad?





4. Pistas para la *lectio divina*

Este cuaderno corresponde a las últimas semanas del año litúrgico y al final de la etapa *Caritas Christi*, dos circunstancias que nos invitan a una evaluación de nuestro caminar siguiendo a Jesús y respondiendo a la invitación de dejar que él viva en nosotros.

Nos acompañará casi todos los días el **evangelio de Lucas**, en los capítulos en que se narra la última parte de la subida a Jerusalén y su corto ministerio en la ciudad santa. Quizás podemos destacar algunos elementos como la seriedad en el seguimiento, o la firme decisión de Jesús de ir hacia Jerusalén.

En las últimas semanas leemos textos de estilo apocalíptico y relacionados con la resurrección. Algunos fragmentos de **Daniel** y de los **dos libros de Macabeos** van en la misma dirección, y nos recuerdan que las épocas de martirio son generadoras de una gran esperanza. Son una invitación a reflexionar en quién depositamos nuestra confianza y seguridad.

Viernes 1 de noviembre de 2013. Solemnidad de Todos los Santos

- Ap 7,2-4.9-14
 - Sal 23
 - 1 Jn 3,1-3
 - Mt 5,1-12a
- En el misterio de la comunión de los santos contemplamos una multitud de mujeres y hombres que han recorrido el camino de la santidad. Dentro de la Iglesia, también nuestra Congregación ha sido bendecida con el testimonio de numerosos modelos de santidad y apostolado. No se trata solo de admirar un pasado glorioso. La propuesta de Jesús es para hoy. Con gratitud por tantas personas que han sido para mí un signo de la presencia amorosa de Dios, renuevo la decisión de seguir caminando por la senda de Jesús pobre, misericordioso, limpio de corazón...

Sábado 2 de noviembre de 2013. Conmemoración de todos los Fieles Difuntos

- Sab 3,1-9
 - Rm 5,5-11; o bien 6,3-9
 - Jn 6,37-40
- El amor de Dios me ha llamado a la existencia. Con el regalo de la vida, he recibido la invitación a unirla a Cristo, en su pasión, muerte y resurrección. Esta vida de comunión alcanza a todos los que son amados por el Padre, también a mis hermanos difuntos. Me alegro con ellos por la plenitud de vida de que gozan y doy gracias porque me estimulan a fijar los ojos en Cristo y proseguir el camino del discipulado.

Domingo 3 de noviembre de 2013. XXXI del Tiempo Ordinario. J. Xifré (Cal CMF, 431-436)

- Sab 11,23 - 12,2
 - Sal 144
 - 2 Tes 1,11 - 2,2
 - Lc 19,1-10
- Jesús ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido, es decir, a todos. Él nos mira y nos llama personalmente. Cuando Zaqueo se da cuenta de esto, su vida da un vuelco y el centro de su ser ya no es el dinero o la extorsión; Jesús ha entrado en él como Salvador. Vale la pena también cultivar el deseo de ese hombre: conocer quién es Jesús y cómo influye en mi vida.

Lunes 4 de noviembre de 2013. Memoria de S. Carlos Borromeo

- Rm 11,29-36
 - Sal 68
 - Lc 14,12-14
- Claret se distinguió por el amor a la pobreza y total renuncia a las ambiciones personales. Quería imitar el amor de Jesús, que se entrega a todos, con una predilección especial por los pobres y excluidos. En mi vida misionera, ¿sé prestar suficiente atención a los que han sido excluidos del banquete de la vida? ¿Cómo me comporto ante aquellos que, por su condición, ni imagino que puedan sentarse en nuestras mesas comunitarias o entrar en nuestros templos?

Martes 5 de noviembre de 2013. Difuntos CMF, familiares y bienhechores (Cal CMF, 437-441)

- Rm 12,5-16a
 - Sal 130
 - Lc 14,15-24
- Ante el estrepitoso fracaso, el anfitrión del banquete no renuncia a ofrecer su hospitalidad y su fiesta. Al contrario, sus puertas se abren cada vez más, primero a la gente de calles y plazas; luego, a los que andan por los más variados caminos y senderos. Los fracasos, decepciones, errores en la vida misionera no pueden hacerme desistir, sino acercarme a Cristo evangelizador y, en comunidad, discernir en qué calles y plazas, caminos y senderos debemos hoy echar las redes.

Miércoles 6 de noviembre de 2013

- Rm 13,8-10
 - Sal 111
 - Lc 14,25-33
- Existimos como familia religiosa en la Iglesia para acompañar a Jesús, como los apóstoles. Aprendiendo cada día de él y con él, adquiriendo sus mismas actitudes y sentimientos. Seguramente soy un buen cumplidor de los votos, y debo dar gracias por ello. Pero también, seguramente, sigue habiendo cosas en mi yo más íntimo a las que me da miedo renunciar. Cosas que me impiden una más bella construcción de mi vida o de nuestra familia misionera.

Jueves 7 de noviembre de 2013

- Rm 14,7-12
 - Sal 26
 - Lc 15,1-10
- Aun siendo pecador, soy plenamente acogido por Jesús e invitado cada día a sentarme con él a la mesa del Pan y de la Palabra. La experiencia personal de Claret nos ayuda a entender y vivir que somos acogidos y tratados con la dignidad de hijos por pura gracia y bondad, y no como fruto de nuestros méritos, como pretendían quienes criticaban a Jesús. ¿Qué atención doy al hermano de comunidad que atraviesa momentos de dificultad o crisis y necesita ayuda?

Viernes 8 de noviembre de 2013

- Rm 15,14-21
 - Sal 97
 - Lc 16,1-8
- El hombre que adora al dios del dinero y del bienestar se ve obligado a tomar una decisión rápida y arriesgada para asegurar su futuro. ¿Hasta qué punto me motiva a tomar decisiones serias y duraderas el hecho de vivir impulsado por el amor de Cristo, que ha sido derramado en mi corazón? A Claret lo llevó a un estilo de vida pobre e itinerante al servicio del Evangelio.

Sábado 9 de noviembre de 2013. Dedicación de la basílica de Letrán

- Ez 47,1-2. 8-9. 12
 - Sal 45
 - Jn 2,13-22
- Como servidores de la Palabra, nuestra misión es vivirla en profundidad y plantarla en el corazón de cada persona, para que produzca el fruto que Dios espera. Un fruto importante es el nacimiento y consolidación de comunidades cristianas vivas y fraternas. Otro será la disposición de cada creyente para responder a la Palabra recibida. A ello debemos dedicar nuestras mejores energías y recursos.

Domingo 10 de noviembre de 2013. XXXII Domingo del Tiempo Ordinario

- 2 Mac 7,1-2
 - Sal 16
 - 2 Tes 2,16-3,5
 - Lc 20, 27-38
- “No es Dios de muertos, sino de vivos”. Jesús recuerda que es propio de Dios ofrecer vida a manos llenas. Para que esta vida pueda ser acogida por cada persona, crecer y llegar a su plenitud, cada ser humano se ha de reconocer como hijo de Dios, junto con Jesucristo, y hermano de todos sus semejantes. El bautismo ha plantado en nosotros la semilla de esta vida: ¿cómo la estoy viviendo y transmitiendo?

Lunes 11 de noviembre de 2013. San Martín de Tours. P. F. Vila y compañeros (Cal CMF, 443-447)

- Sab 1,1-7
 - Sal 138
 - Lc 17,1-6
- Nos proponemos seguir a Jesús formando una comunidad fraterna de vida y misión. En toda comunidad hay roces entre hermanos. Siguiendo al evangelio, las Constituciones nos orientan a corregir, perdonar y animarnos mutuamente. No sería cristiano impedir el crecimiento personal del hermano o ponernos obstáculos en el camino. La madurez en la fe influye positivamente en la calidad de la vida fraterna.

Martes 12 de noviembre de 2013. Memoria de S. Josafat, mártir

- Sab 2,23-3,9
 - Sal 33
 - Lc 17,7-10
- Las Constituciones traducen esta página del evangelio para nuestra comunidad misionera recordándonos la disponibilidad para los ministerios que nos sean confiados o para ser enviados a lugares donde Dios y su Pueblo requieren nuestra presencia. El motivo es obvio: queremos ser configurados con Cristo, que no vino a hacer su propia voluntad, sino la del Padre que lo envió. Y a poner la propia vida al servicio de todos.

Miércoles 13 de noviembre de 2013

- Sab 6,1-11
 - Sal 81
 - Lc 17,11-19
- Jesús no actúa con misericordia esperando la gratitud: actúa así porque ésta es la manera de ser del Padre, que es bueno incluso con los desagradecidos y malos. Pero la bondad y la misericordia son contagiosas, y por lo menos uno de los diez leproso curados fue capaz de descubrir de dónde venía el don recibido gratuitamente. Esto le cambió la vida: “Tu fe te ha salvado”.

Jueves 14 de noviembre de 2013

- Sab 7,22-8,1
 - Sal 118
 - Lc 17,20-25
- “El reino de Dios está dentro de vosotros”, aunque no sea perceptible de manera espectacular. Está dentro de nosotros porque el Padre ha decidido derramar todo su amor en nuestros corazones por el Espíritu. Está dentro de nosotros como germen y tarea. Por eso nuestra misión es manifestarlo de manera personal y comunitaria. Empezando por pedirlo y desearlo vivamente y permitiendo que Dios sea realmente el Señor de nuestras vidas.

Viernes 15 de noviembre de 2013. Memoria de S. Alberto Magno

- Sab 13,1-9
 - Sal 18
 - Lc 17,26-37
- Nuestra existencia de personas cristianas y consagradas se juega en la vida ordinaria y en la fidelidad del día a día. No esperemos señales o acontecimientos extraordinarios para decidirnos a seguir a Jesús de todo corazón; esforcémonos, más bien, en saber escuchar su voz y sus llamadas en lo cotidiano. Procuremos impregnar lo cotidiano con sentimientos de misericordia, fraternidad, paz, respeto por la dignidad humana y por todo lo creado.

Sábado 16 de noviembre de 2013. Memoria de las Stas. Margarita de Escocia y Gertrudis

- Sab 18, 14-16; 19,6-9
 - Sal 104
 - Lc 18,1-8
- La introducción a la parábola recuerda la tentación de los discípulos de Jesús en cualquier época: pensar que basta con rezar de vez en cuando y desanimarnos cuando en la oración no nos acompaña una emoción sensible o no obtenemos automáticamente lo que pretendíamos. Jesús nos instruye con el ejemplo de los más pobres, cuya única fuerza es la constancia y nos invita a saborear el contraste: no nos dirigimos a un juez sin entrañas, sino al Padre rico en misericordia.

Domingo 17 de noviembre de 2013. XXXIII Domingo del Tiempo Ordinario

- Mal 3,19-20a
 - Sal 97
 - 2 Tes 3,7-12
 - Lc 21,5-19
- “Así tendréis ocasión de dar testimonio”. Nuestro mayor testimonio es la vida en comunidad fraterna. En esta época de profundos cambios y convulsiones se nos pide ser una luz que muestre el valor de la fraternidad, la dignidad de los más pequeños y frágiles, el camino de la felicidad a través de la entrega personal. Jesús nos invita a ver el mundo presente como una magnífica oportunidad –la única para nosotros– para vivir y proponer el Evangelio.

Lunes 18 de noviembre de 2013

- 1 Mac 1,10
 - Sal 118
 - Lc 18,35-43
- Como fruto de su fe, al ciego se le abrieron los ojos y empezó a seguir a Jesús, o sea, a ser discípulo. El camino de mi vida como discípulo y enviado tiene que ayudar a otras personas a abrir los ojos, a descubrir la belleza de la fe y de la propuesta del Evangelio. A descubrir la persona de Jesús que sigue llamando a su seguimiento.

Martes 19 de noviembre de 2013

- 2 Mac 6,18-31
 - Sal 3
 - Lc 19,1-10
- Ante Zaqueo hay dos maneras distintas de situarse. Todos lo consideran un pecador que hay que evitar, e incluso critican a Jesús por aproximarse a él. Jesús lo ve en su dignidad humana y de hijo de Dios y se le acerca. La primera actitud consolida el desprecio y la separación mutua. La segunda propicia el cambio de corazón y de actitudes.

Miércoles 20 de noviembre de 2013. Beato P. Andrés Solá, mártir (Cal CMF, 449-453)

- 2 Mac 7,1.20-31
 - Sal 16
 - Lc 19,11-28
- El camino hacia Jerusalén no fue fácil, pues las expectativas de los discípulos no coincidían con la esperanza de Jesús. Tal vez tú mismo has sentido esta experiencia en tu vida consagrada y misionera. No dejes que el miedo te paralice. El Beato Andrés Solá que hoy recordamos te enseña a hacer fructificar el tesoro confiado. El único empleado digno de condenación es el que se ha dejado vencer por el miedo, quedándose totalmente inactivo.

Jueves 21 de noviembre de 2013. Memoria de la Presentación de la Virgen María

- 1 Mac 2,15-29
 - Sal 49
 - Lc 19,41-44
- Jesús llora y lamenta que Jerusalén no haya reconocido el momento de la visita de Dios. Todos los días empezamos la jornada bendiciendo a Dios –en comunidad o personalmente– porque nos ha visitado y redimido como pueblo. ¿Vivo profundamente esta presencia salvadora de Dios en mí y en mi comunidad? ¿La transmito fielmente en cada una de mis actividades?

Viernes 22 de noviembre de 2013. Memoria de Sta. Cecilia, virgen y mártir

- 1 Mac 4,36-37 .52-59
 - Sal: 1 Cro 29,10.11ab.11d-12
 - Lc 19,45-48
- Jesús entró en el templo, echó a los vendedores y todos los días enseñaba en el templo. El modo de actuar de Jesús nos recuerda que el Espíritu mueve a la Iglesia a dar primacía a la Palabra y a la persona de Cristo. Quizás nos convenga también liberarnos de cosas un tanto secundarias que impiden centrarnos en la enseñanza y en la persona misma de Jesucristo.

Sábado 23 de noviembre de 2013

- 1 Mac 6,1-13
 - Sal 9
 - Lc 20,27-40
- Jesús afirma la certeza de la resurrección. En el fondo, se basa en la experiencia personal y única que tiene de Dios como Padre y donador de Vida. La convicción y autoridad con que habla hace que incluso algunos maestros de la Ley aprueben sus palabras y se sientan atraídos por su persona. En la misión de comunicar la Palabra, ¿me expreso también con la autoridad y sinceridad de una profunda experiencia de Dios?

Domingo 24 de noviembre de 2013. Solemnidad de Cristo Rey

- 2 Sam 5,1-3
 - Sal 121
 - Col 1,12-20
 - Lc 23,35-43
- La solemnidad de Cristo Rey es una invitación a renovar el camino de seguimiento de Jesucristo. Durante el año que termina, ¿me he identificado con Jesucristo servidor y enviado del Padre? Nuestra comunidad, ¿ha sido verdaderamente evangelizada y evangelizadora? Cualquiera que sea el punto en que nos encontremos en nuestro camino, brota de nuestro corazón la súplica: “Señor Jesús, acuérdate de mí y de nuestra familia religiosa”.

Lunes 25 de noviembre de 2013

- Dan 1,1-6.8-20
 - Sal: Dan 3,52-56
 - Lc 21,1-4
- Dar todo lo que se tiene para vivir es el signo visible de una confianza total en Dios y en su amor. En la profesión religiosa he puesto mi vida entera, con todas sus posibilidades, a disposición del proyecto de Dios. Mi capacidad de dar y estar disponible, ¿aumenta con el pasar de los años? ¿O voy acomodándome y buscando falsas excusas cada vez que se me propone algún paso importante?

Martes 26 de noviembre de 2013

- Dan 2, 31-45
 - Sal: Dan 3,57-61
 - Lc 21,5-11
- Del mismo modo que algunos ponderaban la belleza y grandiosidad del templo, también a nosotros nos gusta sentirnos orgullosos de nuestras estructuras apostólicas. Jesús nos llama la atención: servimos de todos los medios para anunciar el Evangelio, quizás significa también no absolutizar ninguno de ellos. Hemos de procurar siempre que las estructuras y recursos materiales estén al servicio de la evangelización y sean medio para dar testimonio del Reino.

Miércoles 27 de noviembre de 2013

- Dan 5,1-6.13-14.16-17.23-28
 - Sal: Dan 3,62-67
 - Lc 21, 12-19
- Las palabras de Jesús en estos últimos días del año litúrgico nos hacen pensar en las de Claret cuando habla del seguimiento de Jesucristo a través del sufrimiento y de la alegría en las dificultades y persecuciones. Los problemas y contrariedades que han surgido durante este año, ¿han sido ocasión de vivir más cerca de Jesucristo, o me han hundido y puesto en crisis? ¿En qué estado se encuentra mi confianza cuando atravieso situaciones conflictivas?

Jueves 28 de noviembre de 2013

- Dan 6,12-28
 - Sal: Dan 3,68-74
 - Lc 21,20-28
- La destrucción de Jerusalén no fue el fin del mundo; en todo caso, el fin de aquella religiosidad centrada en el templo. De nuevo Jesús nos dice que centremos nuestra atención en él, en el Hijo del Hombre. Él está presente en todos los momentos del caminar humano como salvador y libertador. Como evangelizadores, hemos recibido la misión de darlo a conocer e invitar a seguirlo.

Viernes 29 de noviembre de 2013

- Dan 7,2-14
 - Sal: Dan 3,75-81
 - Lc 21,29-33
- La higuera brota todos los años. Cada año nos llega la primavera. En medio de nuestro mundo, cada día, la Palabra de Dios, recibida en corazones acogedores, tiene el poder de hacer brotar la fe, la paz, el perdón, la fraternidad. Jesús nos invita a ser creadores de esperanza. No seamos motivo de decepción como aquella higuera llena de follaje pero en la que no había ningún fruto.

Sábado 30 de noviembre de 2013. San Andrés, apóstol (Cal CMF, 455-459)

- Rm 10,9-18
 - Sal 18
 - Mt 4,18-22
- Último día del año litúrgico, final de la tercera etapa de *La Fragua en la vida cotidiana* y fiesta de un Apóstol y compatrono de la Congregación. Buen momento para hacer un pequeño balance. Como Claret, hemos recibido la misma vocación de los apóstoles para estar con Jesús (“Venid y seguidme”) y para compartir su misión (“Os haré pescadores de hombres”). ¿Qué tipo de respuesta estoy dando? ¿Me voy identificando con Aquel que me ha llamado?



5. Textos para profundizar

Anexo 1: “Un nuevo camino: discípulos de Jesús hoy” (HAC, 44-46)

44. Como los discípulos de Emaús, también nosotros podemos superar la falta de entusiasmo y celo cuando nos dejamos acompañar por el Maestro en el camino de nuestra vida misionera. Él escucha nuestras frustraciones y preguntas y nos da lo que más necesitamos para reavivar las brasas de la vocación debilitada: la Palabra “que hace arder el corazón” y la Eucaristía que “nos abre los ojos” (cf. *Lc 24,31-45*). Esa fue la experiencia de nuestro Fundador. En la fragua de la meditación, de los ejercicios espirituales y, sobre todo, de la Escritura y de la Eucaristía, interpelado por la realidad social, política y eclesial, caldeó su corazón en el fuego del amor a Dios y a María (cf. *Aut 227,342*). Consciente de que el amor, es don y tarea, Claret lo pide con insistencia a Dios Padre (cf. *Aut 444-445*), a Jesús (cf. *Aut 446*), al Espíritu y a María: “¡Oh Corazón de María, fragua e instrumento del amor, enciéndeme en el amor de Dios y del prójimo!” (*Aut 447*).

45. El fuego de nuestra vocación se mantiene vivo a través de un proceso continuo de profundización en la llamada y formación en el discipulado hasta configurarnos con Cristo (cf. *VC 65; PGF 12*). El don recibido nos permite superar las

tentaciones alentadas por formas de pensar que favorecen la superficialidad, sobrevaloran el disfrute y rehúyen la abnegación y el sacrificio. Si nos abrimos al Espíritu en un proceso continuo de formación, podremos poner nombre a nuestra infidelidad, avivar el fuego del don vocacional, acoger los reclamos de nuestros pueblos y buscar con ellos respuestas creativas a las cambiantes necesidades de nuestro mundo.

46. Jesús es la pasión que nos impulsa (cf. *CC 4*) y el camino que seguimos. Como Él buscamos la gloria de Dios y la salvación del ser humano, orando, trabajando y sufriendo. La oración enciende nuestro amor a Dios y a los hermanos. El trabajo misionero expresa ese amor y lo comunica. El sufrimiento nos acrisola en el mismo fuego de Jesús, nos solidariza con los crucificados de este mundo y nos hace creíbles. Encendernos en la oración como Claret, nos impulsará a trabajar y sufrir por el Evangelio. Centrarnos en estos núcleos a lo largo de todo el itinerario vital y formativo, purifica nuestras motivaciones, nos ilumina en la perplejidad y orienta todo lo que somos y hacemos hacia la mayor gloria de Dios y la salvación de todos.

Pero lo más notable, en este aspecto, de la mística claretiana no es esa su dirección cristológica revelada por la contemplación habitual de Cristo o por la referencia a él de la mayor parte de los fenómenos. Lo más notable es que esa referencia predominante al Verbo encarnado ha culminado en una experiencia íntima de la vida de Cristo en él. San Antonio María había propuesto siempre esa “vivir no yo, sino Cristo en mí”, como la meta de la vida cristiana. “Mira a Jesucristo y cópialo en ti mismo, hasta que puedas decir: vivo yo, mas no yo; sino que vive Cristo en mí”, había escrito a los sacerdotes en 1861 [en el volumen II de *El Colegial Instruido*]. La ética de la imitación debía transmutarse en una comunión de vida de la que Cristo fuera principio. Lo ha dicho más claramente en los *Talentos de la oración* cuando define el último grado de oración (el matrimonio espiritual) por esa intercomunidad vital: “Como el alma del justo ama a Dios, está en Dios, y de tal manera están los dos, que dice ella con san Pablo: vivo yo, mas no yo, sino que vive Cristo en mí”.

En 1862 escribía en su Autobiografía que, al menos en ciertos momentos privilegiados, tenía experiencia de este vivir en Cristo: “Después de la Misa estoy media hora en que me hallo todo aniquilado. No quiero cosa que no sea su santísima voluntad. Vivo con la vida de Jesucristo. Él poseyéndome posee una nada y yo lo poseo todo en Él” (n. 754). Hemos visto que el santo se hallaba entonces en el desposorio místico, próximo a entrar en el estado de unión transformante. Ahora bien, en estas circunstancias afirmaba experimentar una intercomunidad vital entre Cristo y él. El texto cobra un valor particular si se recuerda que, como ya dijimos en otra ocasión, para describir esta nueva experiencia san Antonio María se ha inspirado en una expresión del P. Juan Bautista Zappa: “Todo soy aniquilado. Vivo con la vida de Dios”. Al reproducirla el santo ha creído deber corregir: “vivo con la vida de Jesucristo”. Dado que todos los demás textos claretianos insisten igualmente en este sentido cristológico de su unión mística, creemos que la corrección es intencionada. Antonio Claret tenía, pues, conciencia de que las más altas experiencias místicas lo relegaban particularmente no solo a la Divinidad sino también a la Humanidad del Señor. ¿Cuál es el valor teológico de esta apreciación? Que la unión transformante cree en el alma una relación particular al Verbo de Dios lo enseñan más o menos expresamente san Bernardo y san Juan de la Cruz y la misma convicción parece estar a la base de muchas afirmaciones de los Padres, en particular de Gregorio de Nisa. Pero la afirmación de san Antonio María nos lleva a suponer una relación no solo con el Verbo, sino también con la Humanidad Santísima por Él asumida: el término del matrimonio es el Verbo encarnado. San Juan de la Cruz que habla solo del Verbo de Dios, Sabiduría del Padre, no precisa qué puesto ocupa en estas relaciones de amor la Humanidad de Cristo. Nos dice simplemente que el estado de matrimonio espiritual lleva como consecuencia una comprensión más profunda del misterio del Verbo Encarnado. Pero esta afirmación no prejuzga la respuesta a nuestra cuestión. Y, sin embargo, la estimatización de san Francisco como signo de su transformación, el desposorio de santa Teresa con Cristo visto imaginariamente, las experiencias de santa Catalina de Sena que vivía una unión muy estrecha no solo con la Divi-

nidad sino también con la Humanidad del Señor, y por fin las vivencias de san Antonio María Claret revelan que en las últimas etapas de la vida espiritual el alma no solo puede tener experiencia de la intervención instrumental de la Sagrada Humanidad en ese pleno desarrollo de la gracia, sino que además ese estado le confiere una particular comunión y configuración con la Humanidad de Cristo. La vida de que ella se siente plena es la vida misma de Cristo. Hay, pues, una transformación perfecta del alma santa en el alma de Cristo. El P. Bover nos ha dicho cómo toda la teología de san Pablo supone ese desenlace. Solo que, añadimos, en el plano de la experiencia unos santos podrán tener conciencia más viva de este hecho común.

Para san Antonio María Claret la vida en Cristo culminó el 12 de septiembre de 1869, poco más de un año antes de morir, con la gracia del amor a los enemigos. La gracia había sido precedida en los días precedentes por una serie de conocimientos extraordinarios, leyendo las Moradas quintas de santa Teresa. Ese día, a las once y media de la mañana, leyendo la meditación sobre “el prodigioso amor que manifestó Jesús en la cruz a sus enemigos”, el Señor le concedió la gracia de experimentar un amor intenso, maternal, hacia los propios enemigos. Oigamos sus palabras:

“Día 12. A las once y media del día, el Señor me ha concedido el amor a los enemigos. Lo he sentido en mi corazón. El Señor lo ha asegurado con un prodigio: en el acto mismo que lo he sentido en mi corazón, he visto que el Crucifijo y el cuadro de la Santísima Virgen se han juntado sin que nadie los haya tocado... La meditación 27 de los Ejercicios explicados me ha concedido esta grande gracia. *Vivo ego, jam non ego, vivit vero in me Christus*. Jesús miraba a los judíos como una madre que mira a sus hijos enfermos” (*Escritos*, p. 663).

Grande gracia la llama el santo. Exactamente como a la de la conservación de las especies. No grande, sino grandísima gracia fue ese recibir en su corazón, hasta desbordar en el plano de lo sensible, esa participación en el amor de Cristo crucificado a sus enemigos. Para explicarla, san Antonio María se ha contentado con citar el texto de Gálatas: *vivo ego, jam no ego, vivit vero in me Christus*. Puede darse que se trate de una alusión a la presencia en él de las especies sacramentales. Pero al mismo tiempo el santo insinúa haber llegado ya a gozar de esa comunión vital con Cristo que consideraba la cumbre de la vida mística. Amaba a los enemigos con el amor de Cristo, porque toda su alma estaba poseída por su Señor. Tenemos aquí el contenido del fenómeno que la mística medieval llamaba “cambio de corazones”.

El itinerario espiritual claretiano había terminado así con una experiencia intensa de la vida de Cristo en su alma. Había experimentado como santa Teresa que la Humanidad del Señor, lejos de ser un estorbo para los últimos grados de unión, se hace cada vez más presente. A fuerza de bucear en su propia experiencia, san Antonio María se había puesto en contacto con la tradición mística más auténtica. San Juan de la Cruz no había hallado mejor definición del matrimonio espiritual que el texto de Gálatas 2,20. Mucho antes que él lo habían dicho ya Orígenes y Gregorio de Nisa; esa transformación en Cristo es el último ideal del cristiano, transformación que san Jerónimo, hablando teológicamente, había descrito

como el cúmulo de todas las virtudes y dones y que más arriba todavía Victorino el Africano había descrito así, desde el punto de vista psicológico: “Vivir Cristo en uno es vivir espiritualmente, en la fe, es pensar en Él continuamente, hablar de Él, creer en Él, tender a Él con toda el alma”. No se podía haber dado mejor descripción de la vida espiritual de nuestro santo en sus últimos años.

Anexo 3: El símbolo Jesús y sus imágenes (J.M. Lozano)

El lector habrá ya advertido cómo las imágenes de Jesús se han venido transformando a lo largo del itinerario espiritual de Antonio María Claret. Comenzamos con aquel Señor a cuyo servicio se quería consagrar y Amigo con quien el niño hablaba en sus “visitas” ante el Sagrario. Esto no lo dejará nunca y el Amigo volverá a aparecer con relieve en los años tranquilos de Madrid. Vino luego el Jesús evangelizador del reinado divino, enviado por el Padre, con sus predicaciones, las curaciones, la regla de vida desarraigada y pobre.

Más tarde la imagen se interiorizó. Jesús vive en sus discípulos. Aparece así unido íntimamente con la inhabitación del Espíritu Santo. Antonio, en la versión latina del credo, profesaba su fe en el Espíritu que procede del Padre y del Hijo. Pero él se refiere más a menudo a la humanidad ungida de Jesús (Encarnación, bautismo) con plenitud de gracia y dones de la que participamos sus discípulos. Y aquí se insertaba su experiencia carismática. Los dos hechos que el seminarista Claret había experimentado conjuntamente, la fuerza del Espíritu y la identificación con Cristo Evangelizador, aparecen luego claramente como dos aspectos de una misma realidad. Por otro lado, esa relación estrecha entre el Señor glorificado que vive en nosotros y el don del Espíritu desembocó en la visión de la Iglesia como cuerpo cuya cabeza es Cristo. Al final, como veremos allí más claramente, al final de este estudio, Antonio, perseguido e inerme, se quedará con el Crucificado.

Estas transformaciones de la imagen de Jesús tienen fácil explicación. El Hijo de Dios, permítasenos el disparate, es algo más que eso. Es, cultural y psicológicamente, un símbolo poderosísimo. La gracia de Dios actúa en nuestra psique a través de



símbolos cargados de energía y llamados a canalizar nuestras actividades. Nos orientamos profundamente y nos relacionamos a través de símbolos. Ese símbolo plenísimo que es Jesús el Cristo, propuesto continuamente por la Iglesia, se refracta, al pasar por los prismas de las varias culturas, en imágenes diversas. Acontece ya en el Nuevo Testamento, de Marcos a Pablo y a Juan. Y sigue aconteciendo luego, hasta nosotros: *Logos* en Orígenes, *Maestro interior* en Agustín, *Pantocrator* bizantino, el *Jesús íntimo* de la piedad del siglo XII... hasta el *Liberador* de la actual teología y espiritualidad latinoamericana.

Lo mismo sucede en el desarrollo de una persona. Cambian nuestras imágenes de Dios y se transforman las de su Cristo. Las noches, las purificaciones suponen precisamente, en el plano psicológico, una caída por tierra, hasta hacerse pedazos, de esas máscaras que ponemos sobre el Dios-sinrostro, para poder hablar con Él. El mismo Jesús, en su noche redentora, se quejaba del abandono de Dios. Le venía a faltar a su psique el símbolo del Abba, central en su experiencia. Y es que los símbolos cambian con el crecimiento o con los varios estados del espíritu humano. Hay una relación estrecha entre lo que vemos y lo que somos. Véase cómo a lo largo de la vida de san Antonio María Claret hay una correspondencia perfecta entre el modo como él se fue viendo a sí mismo y su manera preferente de ver al Señor.

Presencia de Cristo

Dominus vobiscum.

Gloria tibi, Domine.

Laus, tibi Christe.

*Mortem tuam annuntiamus, Domine, et tuam resurrectionem confitemur, donec venias
Ecce Agnus Dei... Domine, non sum dignus...*

«En la celebración de la Misa se iluminan gradualmente los modos principales según los cuales Cristo está presente en su Iglesia: en primer lugar está presente en la asamblea de los fieles congregados en su nombre; está presente también en su palabra, cuando se lee y explica en la iglesia la sagrada Escritura; presente también en la persona del ministro; finalmente, sobre todo, está presente bajo las especies eucarísticas. En este Sacramento, en efecto, de modo enteramente singular, Cristo entero e íntegro, Dios y hombre, se halla presente sustancial y permanentemente. Esta presencia de Cristo bajo las especies "se dice real, no por exclusión, como si las otras no fueran reales, sino por excelencia" (*Mysterium fidei*, 39)» (*De sacra communione*, 6).

«Hace falta, en concreto, fomentar, tanto en la celebración de la Misa como en el culto eucarístico fuera de ella, la conciencia viva de la presencia real de Cristo, tratando de testimoniarla con el tono de la voz, los gestos, los movimientos y todo el modo de comportarse» (*Mane nobiscum Domine*, n. 18). Signo visible de realidades invisibles, el sacramento contiene lo que significa. La Eucaristía es ante todo *opus Dei*: el Señor habla y obra, reza, aquí por nosotros, en virtud de la fuerza del Espíritu Santo (cf. CIC, 1373). La fe en la presencia real se expresa, por ejemplo, en los diálogos directos que dirigimos al Señor después de haber escuchado la Palabra: *Gloria a ti, Señor Jesús*, y antes de recibir su Cuerpo y su Sangre: *Señor no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme*.

La celebración de la Eucaristía debería llevarnos a exclamar, como los apóstoles tras el encuentro con el Resucitado: «Hemos visto al Señor!» (Jn 20,25).

La comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo es comunión con el resucitado, medicina de inmortalidad y prenda de la gloria futura. La presencia, el calor, la luz del *Dios-con-nosotros* deben permanecer en nosotros y manifestarse en toda nuestra vida. Hacer comunión con Cristo, nos ayuda a «ver» los signos de su divina presencia en el mundo y a «comunicarlos» a cuantos encontramos.

La fragua en la vida cotidiana

CARITAS CHRISTI - 2013

“

Como cabalmente todas las debemos hacer como las hizo Jesucristo, así en cada cosa me preguntaba y me pregunto cómo lo hacía esto mismo Jesucristo, con qué cuidado, con qué pureza y rectitud de intención. ¡Cómo predicaba! ¡Cómo con versaba! ¡Cómo comía! ¡Cómo descansaba! ¡Cómo trataba con toda clase de personas! ¡Cómo oraba! Y así en todo, por manera que, con la ayuda del Señor, **me proponía imitar del todo a Jesucristo**, a fin de poder decir, si no de palabra, de obra, como el Apóstol: *Imitadme a mí, así como yo imito a Cristo*” (Aut 387)